

El Imperio de los resentidos

EN la gran jaula de las pasiones humanas, ninguna más contradictoria y desconcertante que aquella que oprime el corazón de los resentidos, cuyo centro actúa como un transformador de las energías y actos del individuo.

Contrariamente a lo que ocurre en el juego habitual de las pasiones, que requieren para su desplazamiento un impulso o una técnica elemental, el resentido es un ser complejo, y tiene algo del actor, llegando a menudo a recias expresiones del arte dramático, cuando no mueve las piezas de su tablero psíquico con la pachorra de un jugador victorioso, encubriendo su alma mortificada y en derrota. El persistente manejo de algunos factores ha sepultado ya una parte de su conciencia.

Solamente el resentido de escaso talento, —hay resentidos de gran inteligencia, cuya frustración se debe a falta de capacidad electiva, a fenómenos de ambiente, etc.— exhibe su faz magra al mundo, y hay en él ese aire de desazón sumergida, pero bullente, presta a saltar, que lo caracteriza.

El literato, por su misma constitución, y por haberse forjado en las disciplinas de los valores a tractos, por su carencia de poder temporal, busca módulos más finos, a través de los cuales echa la basura de las trastiendas del ser, en arrestos que a veces llegan a ser elegantes.

El literato resentido puede cubrir su rostro de arcangélica alegría, precisamente en los instantes en que el cobre de su alma se siente roído por el

ácido de la amargura. Se disfraza de bondad, cuando su demonio palidece, escondido en lo hondo de sus entrañas.

Si es de verdad hábil, auspicia concursos literarios, como un mecenas sacrificado y fino que mendiga premios, constituyéndose en generoso jurado, a despecho de haber concurrido él a muchos torneos con escasa fortuna. (Naturalmente, siempre premia a escritores de segunda, tercera o cuarta fila, porque así, indirectamente, se está premiando a sí mismo). Si es tonto y burdo, o si el veneno le ha comido el corazón, entonces abomina de los concursos, como un ser verdaderamente superior, confundiénolos con la literatura. (En efecto, los concursos, y esas estrafalarias **jornadas** de arte público, en donde se obliga a un escritor tartamudo a leer como un actor, produciendo una impresión trágica sobre una obra que puede no ser mala, están ciertamente podridos, pero por un orden distinto, y no porque no premien, a veces, sus abortos estéticos. Un auténtico escritor, aunque no triunfe públicamente, no puede llegar a ser un resentido literario).

Invoca el papel social del escritor, generalmente cuando a fuerza de fracasos se está convirtiendo en una bestia antisocial; lamentase de incomprensión, cuando, ayer no más, declaraba locos a los poetas que no consiguió «entender» nunca, aplicando el análisis gramatical o el lenguaje pedantesco y vacuo del señor Mario Osses: deambula por los cafés, aburrido, soñoliento, diciendo a quien quiera escucharlo, su opinión sobre los libros en boga, en un gesto de desprecio espantable, no porque el libro en boga sea bueno o malo, sino por el simple hecho material de que él no ha podido publicar sus libros; parece, a los ojos de quienes no le conocen, un hombre que está por encima de las cosas del mundo.

Pero ese ser lleno de aparente justicia, o amabilidad, cuando quiere simularlo, ese lapidador,

como la mano negra del destino, ese ángel de tono peyorativo, celoso guardián de la calidad literaria, ese escéptico absoluto, o creyente religioso en la permanencia del arte, salta como un ciervo que ha sido pinchado en el trasero, cuando alguien se refiere a su obra en algún juicio crítico, y va a llorar a las redacciones de los periódicos, solicitando auxilio, pues el «arte», la «belleza» han sido heridos. El no defiende personalmente su obra, ya que, según confiesa, «su obra se defiende sola». No llega a la palestra porque «la obra que se defiende sola», también sola se cae de puro fofa, inválida y oportunista. El más humilde guijarro le hace temblar bajo su zócalo de pizarreño. ¡No! El no pelea jamás. Es ponderado, limpio en su trato con el arte. El defiende, por el contrario, la confraternidad y la concordia entre los escritores, pues sabe, por instinto, que todos los débiles ganan con la concordia y confraternidad ajenas. Esto ocurre, demás está decirlo, sólo cuando está en inferioridad de condiciones.

Si el albur político lo exalta, y llega a ocupar un sitio en que sus sacras asentaderas están defendidas por el suave celofán del poder, entonces se convierte en hombre institucional, serio, despectivo y correcto, gustador de las ideas concretas. Ahora «desdeña» la amarga faena artística, porque sus ocupaciones «oficiales», no le dejan tiempo para escribir unos hermosos poemas que guarda en un rincón de su áureo cerebro, como en el cuento de Daudet. ¡Lástima que el deber y la función social le arrebaten instantes inavaluables que podría destinar a la terminación de su libro definitivo. ¡Qué diablos! Primero hay que salvar a la Patria.

Ahora, más que nunca, es un enemigo del escritor, pero un enemigo enfundado, enchalinado, todo cubierto, como el personaje de una de las historias de Chejov. Sabe que de repente puede recibir la patada estatal, y entonces deberá volver a ma-

nejar, bien que mal, la «cañafístula pendolaria», y para ese tiempo necesitará de los juicios afectuosos de sus amigos escritores.

Existe una variante de gran dignidad en el proceso psicológico del escritor resentido. Algunos consiguen asirse a un ramal subalterno de este viaje infinito y costoso que es la obra de arte. Se hacen críticos literarios. Hay algo de emocionante en la función de estos artistas que abandonan la obra de creación personal, para entregarse con generosidad, inexplicable en ellos, a estudiar la obra ajena, que, según su inaccesible criterio, es, casi siempre, mala, hedionda y carece de perfección. Hablan a menudo de una perfección que ellos jamás conocieron, pues, de haberla entrevisto, la habrían aplicado en parte a esa pésima novela que reeditan cada diez años, o escribirían siquiera ensayos de estética, en vez de hacer cada año un inventario, como verdaderos ayudantes de bodega de la literatura. Si intentan algo, para salvar siquiera las apariencias, caen en la pedantería grosera de estudiar a escritores que han sido consagrados por el modesto criterio público hace un cuarto de siglo. Así surgen los Mario Cosses, como dijo alguien tan acertadamente.

De esa y aquesta manera discurren, disfrazados, opacos, prudentes o brillantes, como jockeys en la gran pista del mundo, tragando amargura a manos llenas, incapaces de comprender que la calidad de un individuo depende, en no despreciable medida, de la conciencia que tiene de su capacidad, y su facultad consecuente para hacerla producir. ¿Qué necesidad hay de que un señor que nació para instalar una chanchería, tenga necesariamente que escribir un libro?

¿No es tan absurdo como exigirle a un escritor que instale una chanchería....?